

BLAISE CENDRARS: POETA DE LA MODERNIDAD

Alberto Torés García

J'ai le goût du risque. Je ne suis pas un homme de cabinet. Jamais je n'ai su résister à l'appel de l'inconnu. Ecrire est la chose la plus contraire à mon tempérament, et je souffre comme un damné de rester enfermé entre 4 murs et de noircir du papier, quand, dehors, la vie grouille, que j'entends la trompe des autos sur la route, le sifflet des locomotives, la sirène des paquebots...et que je songe à des pays perdus que je ne connais pas encore.

(BLAISE CENDRARS)

Frédéric Sauser (1887-1961), Blaise Cendrars para entendernos mejor, sigue siendo uno de los escritores modernos en lengua francesa más difíciles de clasificar y por tanto de definir con exactitud. Circunstancia que complica sobremanera una tendencia crítica generalizada cuando no especializada en el etiquetado. De esta manera, el marco de este sexto número de revista centrado en doble dirección, como "Literatura y Compromiso" que parece oportuno para reivindicar no sólo la poesía de Blaise Cendrars sino también su actitud ante la vida, tanto más si consideramos una perceptible voluntad renovadora que se desprende de cada acto.

En este sentido, Blaise Cendrars podría enfocarse con una u otra perspectiva, por ello, sean las traducciones, autorizadas o no que se han realizado de su obra pero que en cualquier caso muestran el interés que despierta su obra, sean sus necesidades insatisfechas de extrañamiento o destierro que le llevan siempre a marcharse, o sean incluso los manifiestos firmados conjuntamente con el poeta Ricciotto Canudo que son una llamada a los extranjeros residentes en Francia para que se alistén en el regimiento de voluntarios, la futura legión extranjera. Insisto, Cendrars tiene cabida en estos espacios donde literatura y compromiso se funden.

La imagen que conservamos es la del viejo Cendrars, manco, con el cigarrillo eternamente pegado a los labios, su rostro marcado profundamente y su fuerte acento suizo de Neuchâtel. En mi caso particular, tal como evidencio en *La aventura de mis siete vidas*, Cendrars vive en el número 5 de la Calle José María de Heredia en París y yo vivo en el número 18 de la Calle José María de Heredia en París. Un día, Cendrars sentado en un banco frente a la Unesco me cambió su Gran Premio de Literatura de París por una calcomanía de El Zorro.

Es la imagen del "bourlingueur", es decir, del trotamundos infatigable y a la vez del escritor firmemente atado a Francia, donde la aventura de la escritura será una permanente renovación, una continua búsqueda proteica. Viajes y escritura, sirven entonces a una exclusiva y apasionada intención de vitalidad. De hecho, Blaise Cendrars es el nuevo nombre que alude en cruz a

las brasas y a las cenizas, es en suma, la simbolización de un fuego renovador. Michel Décaudin en el número monográfico que la revista *EUROPE* en 1976 le dedica al poeta suizo escribe: “Cendrars es inventor de su nombre, su genealogía, su biografía e incluso de su situación literaria”.

No obstante con independencia de la parte legendaria que encierre, el niño Frédéric Sauser y el joven Blaise Cendrars, a tenor de la rigurosa y compleja biografía que reconstruye su hija Miriam, titulada **“BLAISE CENDRARS”** Éditions Balland, Paris, 1993, ha vivido momentos y conocido itinerarios que suscitarían la envidia o harían soñar a los de la Generación Beat. Detalle que no ha pasado desapercibido por algunos estudiosos de Cendrars y que ha dado lugar a un magnífico estudio de Georgiana Colville, titulado **“Blaise Cendrars, écrivain protéiforme”** Éditions Rodopi, Amsterdam, 1994. Ahí, la autora establece un paralelismo minuciosamente argumentado entre Blaise Cendrars y Allen Ginsberg. En efecto, ambos autores tuvieron un papel decisivo en un importante e histórico renacimiento poético. Ciertamente, la poesía francesa había entrado en una fase de renovación precediendo la primera guerra, de la misma manera que se ha considerado el resurgir de la poesía americana, cohibida por el maccarthismo, a principios de los 50, conociendo su punto máximo en octubre del 55, la noche de la lectura de **“Howl” (Aullido)** por Ginsberg en la Six Gallery de San Francisco. Pero todavía hay más puntos de conexión entre ambos poetas. Los dos, reciben con buena lógica el tratamiento de iconoclasta. Citando nuevamente a Décaudin, éste apuntaba al respecto que la llegada a la poesía francesa de Cendrars a finales de 1912, ha sido representada como la irrupción iconoclasta de un bárbaro.

El parecido se estrecha al comprobar como rasgos comunes los febriles deseos de viajar, es decir, anhelos de conocimiento, certezas de compromiso en la más amplia acepción del término. “No mojo la pluma en el tintero sino en la vida” nos dirá Cendrars y en un claro posicionamiento ético que se verá reforzado en su parte estética cuando le pide a su mujer Féla en 1910, viviendo un momento de penuria económica “Tengo que escribir, necesito diez años para encontrar mi lengua”. El compromiso de Cendrars es auténtico, extremo (le escribirá a su mujer Féla, traduzco “yo moriré de hambre pero escribiré” ofreciéndole una dosis de cianuro para poner fin a tanta miseria, “si no aguanta más, lo entiendo. Pero yo soportaré todas las miserias, estoy aquí para escribir, escribiré”) y hasta angustioso. Su vocación, su pasión por la escritura, su creación constante nos escenifica la imagen del escritor comprometido por excelencia. Un compromiso que le lleva ni más ni menos que a introducir el mundo moderno en la poesía, en la escritura. Ese permanente movimiento, esa acción, señales indiscutibles del compromiso y tan ajenas a la cultura de la queja, se concretan muy pronto y de manera contundente en una obra sin parangón. *Pascuas en Nueva York* de 1912, obra poemática que se abre al mundo. Un mundo de transformaciones, evoluciones, invenciones, revoluciones que la ciudad de Nueva York representa como ninguna con sus trenes, rascacielos, gigantescas construcciones, puentes, bancos y también miserias. Por si fuera poco, un año

más tarde, ve la luz un poema de 450 versos presentado en un desplegable de dos metros, con una tirada de 150 ejemplares, es decir, la altura de la Torre Eiffel y acompañado de los colores dinámicos, luminosos e impactantes de la pintora Sonia Delaunay. Es el primer poema simultáneo. Pero además Cendrars ajusta la tipografía a los estados de ánimo que van revelándose en el texto.

Pero vayamos a otra obra más concreta que se publica en 1916, titulada *La Guerra en Luxemburgo*, y un largo texto en prosa que lleva por título *He matado*, primer libro ilustrado por Fernando Léger. No cabe duda que figura entre las páginas más emotivas y bellas que se hayan podido escribir acerca de la guerra:

“Mil millones de individuos me dedicaron toda su actividad de un día, su fuerza, su talento, su ciencia, su inteligencia, sus costumbres, sus sentimientos, su corazón. Y he aquí que hoy, tengo el cuchillo en la mano. El Eustache de Bonnot. "¡Viva la humanidad!" Palpo una fría verdad que se suma a una hoja cortante. Tengo razón. Mi joven pasado deportivo tiene que bastar. Aquí estoy con los nervios tensos, los músculos estirados, dispuesto a saltar en la realidad. He desafiado al torpedo, al cañón, a las minas, al fuego, al gas, a las ametralladores, a toda la maquinaria anónima, demoníaca, sistemática, ciega. Voy a desafiar al hombre, mi semejante. Un mono. Ojo por ojo, diente por diente. Ahora será entre nosotros dos. A puñetazos, a cuchilladas. Sin piedad, salto encima de mi antagonista. Le doy un golpe terrible. La cabeza está casi separada. He matado al Boche. He sido más listo y más rápido que él. Más directo. He dado primero. Tengo sentido de la realidad, yo, poeta. He actuado. He matado. Como el que desea vivir”.

Y, si nos centramos en los aspectos meramente textuales, veremos que Cendrars compone uno de sus grandes poemas anteriormente citado **“Les Pâques à New-York”** en una sola noche; paralelamente Ginsberg confiesa haber escrito **“Howl”** en una tarde, declarando que esta espontaneidad se debe a la prosa de Kerouac, especialmente a la emblemática novela **“On the road”**, a la conducta de Chaplin y a los ritmos del jazz. Cendrars dedica su **“La prose du transibérien et de la petite Jeanne de France”** a los músicos, reconocerá su deuda en más de una ocasión hacia Chaplin (concretamente en su libro **Hollywood la meca del cine**, 1936, dirá en su prólogo “no hablo de mi viejo camarada Charlot por quien siento una profunda admiración) y sus latidos prosísticos son esencialmente evidentes. El periplo de ambos poetas, confunde pasado y presente, persigue la búsqueda de un dios así como de una identidad. Pese a todo, si vida y obra van íntimamente ligadas, nunca la obra es exclusivamente autobiográfica. Hemos de adjuntarle el imaginario, la poesía de la existencia y la de los libros. Cendrars fue sobre todo un inmenso lector, desordenado y apasionado, comprometido y leal.

Transgrediendo lo meramente literario y examinando el sentido último de la obra literaria, Ginsberg dirá que el verso de **“Aullido”** es asimismo un largo grito animal.

Un nuevo lazo se construye, esta con Guillaume Apollinaire, que titulará inicialmente “*Cri*”, o sea “**Grito**” al poema rival de “*Pascuas en Nueva York*” que finalmente se publicó en Abril de 1913 como *Alcool* con el texto “Zona” a la cabeza. Desde luego, no parece exagerado afirmar que sin la obra de Apollinaire, la poesía occidental del siglo 20 sería prácticamente inconcebible. Apollinaire encarna el profundo trasvase desde el brillo y la confianza del siglo 19 a la angustia del siglo 20, sintetizando significativamente esa escritura poética que da campo a la musicalidad y a la expresión intimista como resonancias simbolistas, que también repercute en el discurso de los sentimientos, las emociones y el lirismo adhiriéndose a las grandes líneas del movimiento romántico con lo que hemos de llamar la invención de la poesía moderna: abundancia de temas nuevos (modernidad, onirismo), trabajo sobre la escritura (las imágenes) y las formas poéticas, -recordemos que es el creador del método onirocrítico que prefigura la escritura automática de los surrealistas-, en resumen, a nadie escapa que Apollinaire se anticipa a su época. Conviene sin embargo recordar y sorprendernos al mismo tiempo, que, escritores como Georges Duhamel o André Gide se refirieron a esta obra como “un baratillo de objetos heteróclitos” y con algo más de sutileza como “un milagro ingenuo”.

Es obvio pues, que nuestro propósito no es cuestionar la obra de Apollinaire (1880-1918) sino el de resaltar el trabajo de Cendrars (1887-1961). Pero tampoco podemos rechazar la dialéctica, ahí donde se encuentre un punto determinante. La anterioridad o posterioridad del poemario de Apollinaire con respecto al de Cendrars sigue siendo un tema de controversia, en la medida en que la posibilidad de que *Les pâques...* pudieron ser fuente de inspiración de *Zone*. Los contactos, las interferencias son indudables y puestos a tomar partido, hay más afinidades que influencias recíprocas.

La poesía de Cendrars en su desorden posee una muy sólida construcción. El metro rompe con la armonía, rechaza los artificios lingüísticos y tiene el acierto de utilizar materiales que hasta entonces no se habían empleado. El estilo pues, es directo pero franco, es seco pero sugerente y con un excepcional manejo del tiempo, probablemente el mejor recurso de Cendrars: aceleraciones y súbitas frenadas, precisión y choques. Sin enternecimiento pero sin descuido, Cendrars nos ofrece todos los matices del sentimiento humano. Su poesía es un permanente canto al ruido, al bullicio, al espíritu libre, en definitiva, al sincero instinto poético.

Apuntemos tan sólo unas fechas para la conjetura. *Alcool* selecciona ciertamente la producción poética de 1898-1912, es decir un Apollinaire que se inicia con 18 años. Cendrars afirma haber iniciado su carrera literaria hacia los 18 años también, es decir en 1905, (entre los dos poetas hay una diferencia de edad de 7 años) con un libro *La légende de Novgorode*, que constituía un verdadero misterio, toda vez que en las distintas biografías establecidas por el propio Cendrars, aparecía este mítico título como agotado o con la mención “fuera de comercio”. Un primer libro famoso, ciertamente, pero que nadie había visto ni leído. Incluso Cendrars afirmaba no haber tenido nunca un ejemplar. La pregunta caía por su propio peso, especialmente por ese

reconocido gusto a la leyenda que poseía y alimentaba concienzudamente el mismo Cendrars. ¿había escrito el poeta suizo *La leyenda de Novgorod*?

Era verdad que el poeta suizo vivió en Rusia de 1904 a 1907, que se enamoró de Hélène Kleinmann, que regresó al hogar paterno y mantuvo una correspondencia amorosa con Hélène que falleció en un incendio en junio de 1907, y es muy posible que este suceso diera origen a su primer texto poético, y que fuese enviado a un amigo que se encargó de la traducción.

El azar, componente inevitable en todo acto y por ello tal vez, deseable, quiso que un poeta búlgaro, ensayista, bibliófilo y traductor como Kiril Kadiyski encontrara en una librería de ocasión de Sofía, en 1995 *La leyenda de Novgorod*. Confirmando de esta suerte uno de los 14 ejemplares de la edición y con ello desvela las imágenes, los temas y el pensamiento que irán apareciendo en sus obras posteriores. El acto poético es aquí una rebeldía que apela de manera exaltada al vitalismo y a la libertad. La forma y el estilo del poema anuncian una sorprendente modernidad, de todo lo cual da fe, Frédéric Sausser, Blaise Cendrars para entendernos mejor, en Moscú y San Petersburgo, 1907. Cendrars representa el compromiso en la literatura universal, planta las semillas del Humanismo Solidario, especialmente lo que atañe a la esperanza y a la interdisciplinarietà, pues en efecto, Blaise Cendrars es un magnífico músico que dedicó mucha literatura a los músicos, es un actor vocacional que se entrega al mundo del cine, es también un afamado crítico de arte y se relaciona con los pintores más relevantes del momento, Picasso, Braque, Juan Gris, Modigliani, Léger, Chagall, Delaunay, incluso se lanza a una serie de lienzos pintados por él mismo.

Por mi parte entonces, me quedo con Blaise Cendrars y ese intercambio de miradas en un banco frente a la Unesco de París.